

E
B

122

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 495

25 CFS



El
peregrino
de
Broadway

POR
Marie Saxon
Jack Egan
y

Fiturise **cazenda**
de Catalunya

ARUMAINBROD, George

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:
Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis
TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 493

(THE BROADWAY HOOPER, 1929.)

El peregrino de Broadway

Comedia de Gladys Lehman, interpretada por
Marie Saxon, Jack Egan y Louise Fazenda



Producción Columbia

Distribuída por

Príncipe Films

Aragón, 249

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
NORMAN MAC KINNED

El peregrino de Broadway

Argumento de la película

I

Adela Dorey era la estrella de uno de los principales teatros de Broadway.

Su carrera fué fácil, pues era una artista de una vez y supo demostrarlo desde el día de su debut en un teatrillo provinciano. Fué una escala progresiva el sueldo estipulado en los contratos y la categoría de los teatros donde actuaba.

Llegó finalmente a Broadway, Meca del arte frívolo, y ya no salió de allí, porque no la dejaban.

Había caído en manos del empresario Miller, hombre muy inteligente y de muchos millones, que estaba dispuesto a retenerla costara lo que

costara, porque había comprobado que estando Adela Dorey en los carteles estaba el teatro lleno.

Verdaderamente, la Dorey se merecía eso y mucho más. Sus piernas bordaban los bailes con una galanura sin igual. No había dificultad para aquellos pies de nácar y rosa que apenas rozaban el escenario en sus evoluciones. Además, tenía en los gestos una gracia inimitable y una voz encantadora. Y, sobre todo esto, estaba la belleza de su cuerpo, prodigiosa estatua de carne, ejemplo de estética sobre el que ponía un digno colofón su cabeza de cabellos rubios, de ojos claros y adormecidos soñadoramente, de boca fresca y animada de continuo por una inocente risa.

Entre la baraúnda de pretendientes que Adela tenía, gozaba de ciertas predilecciones uno llamado Tom Moran.

Adela no le rechazaba francamente porque era íntimo amigo del empresario Miller, el cual tenía para ella atenciones y larguezas paternas, y porque la amaba de veras y quería hacerla su esposa.

Pero Adela no le amaba y sólo esperaba el momento de desengañarle sin dañarle.

Acompañaba a la Dorey una dama que estaba doblando los cuarenta y que usaba lentes, cosas ambas que le impidieron entrar en el teatro—su sueño de oro—de otro modo que en calidad de acompañante de una estrella de prime-

ra magnitud, que ciertamente ya era bastante.

Había llegado a tomar cariño a su señorita —¿quién podría convivir con aquella angelical criatura sin amarla?— y ello la compensó de sus amarguras de artista fracasada.

* * *

Adela se sentía feliz. El camino de la vida era para ella llano y fácil. Todos cuantos la rodeaban la querían bien y el público tenía para ella constantes muestras de admiración y de afecto.

Sin embargo, desde hacía cosa de un mes, cada vez que entraba en su camerino lanzaba exclamaciones de disgusto.

—Jane, esto no puede ser. Abuso de mis fuerzas y de mi afición. Necesito descanso a toda costa.

Hasta que un día halló solución a aquel problema.

—¿Sabes lo que he pensado, Jane? Pues, irnos al campo en cuanto termine la temporada. Miller querrá, como siempre, que me quede aquí, para preparar la nueva revista, pero yo le diré a Miller que se la prepare él solo. Nos iremos a cualquier pueblecito y allí viviré en paz. Para que ni siquiera la gente del pueblo me moleste, no daré mi verdadero nombre y así pasará inadvertida, como una modesta forastera que dedica al descanso los días caniculares.

—¿Y cuando vayan a comenzar los ensayos regresaremos?

—¿Para qué hablar del regreso ahora? Déjame que piense tan solo en la marcha" ¡Claro que no nos escaparemos de volver cuando empiecen los ensayos!

Y llegó el día feliz en que la compañía de revistas daba su última representación.

La Dorey estaba contentísima, como una colegiala en vísperas de vacaciones.

Antes de que saliera a bailar por última vez ante "su" público, entró en el camerino Tom Moran para preguntarle las señas de su residencia de verano. Pero Adela no se las quiso dar.

—Voy a descansar, querido — dijo amablemente—, y también mi corazón necesita descanso.

Después entró Miller con el nuevo contrato preparado.

—Sólo falta que le ponga usted la firma, Adela.

—¿No podía haber esperado a que regresara? Dame la pluma, Jane.

Firmó sin leerlo siquiera.

—Tenga usted, señor Miller, y adiós. Esta noche la necesito para mí. Quiero arreglar mis cosas. Ya le escribiré.

Y al día siguiente ya estaba instalada con Jane en Ferndale, en una humilde casita con jardín, donde todo era paz y sosiego.

II

El tren trajo aquel día a la población a la compañía de revistas de Bobby Lewys. Se componía el espectáculo de dos docenas de jóvenes, más o menos jóvenes, y Bobby Lewys, que además de director y empresario, era el mayor atractivo de la compañía, pues sabía cantar, bailar, tocar varios instrumentos, recitar e incluso hacer juegos malabares.

Unicamente faltaba una estrella en la compañía. La que había se marchó por pedir más sueldo y considerar Bobby que no podía dárselo. ¡Veinte dólares semanales! ¡Ahí es nada!

Bobby sabía que con una compañía así no podía presentarse en ningún pueblo que tuviera más de cuatro mil habitantes, pero se conformaba con poco, pues tenía la seguridad de que algún día entraría en Broadway por la puerta grande y entonces hallaría la compensación a las actuales privaciones.

Al día siguiente, apareció un gran cartel en la fachada del teatro "Edison", en el que se leía:

GIRL BAILARINA. SE NECESITA

La suerte llama a su puerta.

La ocasión la pintan calva.

La muchacha elegida obtendrá un contrato

Razón aquí

Y a la media hora de haber pegado el cartel era imposible transitar por la calle donde estaba situado el teatro "Edison".

Una multitud de muchachas vestidas con toda la elegancia de que Berndale era capaz, hacía cola.

A algunas las acompañaban sus mamás. Otras más audaces, estaban solas.

En aquel momento pasaba por allí Adela con una carta para el empresario Miller, y cuando se dió cuenta, se vió entre la baraúnda femenina y arrastrada hacia la puerta del teatro que acababa de abrirse y desde la que Bobby gritaba:

—¡Pasen, señoritas, pasen!

Una vez en el escenario, el directorcillo cogió a la Dorey por los hombros y la obligó a sentarse en un banco.

—Siéntense todas aquí—dijo después, imperativamente.

El primer impulso de Adela fué levantarse y decir que ella no pertenecía al grupo de aspirantes y que se le hacía tarde para echar una carta al correo, pero la divirtió tanto el hecho de

que la tomaran por una muchacha del conjunto en una compañía de tan ínfima categoría, que decidió, cuando menos, esperar hasta ver en qué paraba aquello.

Bobby se quedó mirando al grupo de jóvenes y tropezó con una especie de autobús vestido de mujer al que, por curiosidad, concedió el primer puesto en el examen.

Dijo al pianista que tocara algo movido e invitó a la voluminosa joven a que bailara.

Tembló el escenario. Las enormes curvas iban de un lado a otro como masas revolucionarias. Fué un éxito de risa.

Le tocó después el turno a una muchacha que, según su madre, había estado a punto de trabajar en el teatro con John Barrymore, y resultó un verdadero desastre.

Después lució sus habilidades una bailarina clásica, que se mantenía de puntillas por espacio de un cuarto de segundo y que cayó dos veces cuan larga era.

Iba a salir otra, cuando Adela decidió marcharse. Ya se había reído bastante. Además, le interesaba que la carta saliera aquel mismo día.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero Bobby la detuvo.

—No se vaya usted, joven, sin demostrar sus facultades. Si tiene prisa, puede empezar cuando guste.

Adela se había detenido. ¿No sería exagerado llevar la broma tan lejos?

Pero Bobby insistía tan galantemente, que creyó hasta un deber no desairarle.

—Muchas gracias—repuso la Dorey, y añadió, dirigiéndose al pianista—: Puede usted empezar cuando quiera.

—¿Qué desea usted que toque?

—¡Oh! Da lo mismo. Cualquier cosa movida, como dice el director.

Dejó la carta en el banco y empezó a bailar. Precisamente se le había ocurrido al músico tocar uno de los bailables de la última revista que ella había interpretado en Broadway, y le fué facilísimo repetir aquellas graciosas evoluciones que se sabía de memoria.

El pianista se quedó boquiabierto y lo mismo sucedió a las aspirantes que esperaban su turno.

Bobby estaba también un tanto sorprendido. Aquella joven parecía una verdadera estrella que llevara muchos años de práctica y de éxito. Era la primera vez que se veía en un caso así. Una gran bailarina que no sabía lo que valían sus pies. ¿Sus pies nada más? ¡Oh, no! Si los pies valían, las piernas valían mucho más. Y el resto del cuerpo todavía más que las piernas. Ahora se podían apreciar todos estos detalles mucho mejor que antes, cuando estaba teta.

Cuando terminó Adela de bailar, Bobby estuvo tentado de prorrumpir en aplausos, pero se contuvo. Sabía que para hacer un contrato

ventajoso era conveniente guardarse el entusiasmo en el bolsillo.

Adoptó una actitud indiferente, y dijo:

—Bien está lo movidito, muchacha, pero no tanto.

Adela se quedó como el que ve visiones.

—¿Quiere usted decir que no sirvo?

—Tanto como eso... En fin, ya veremos. No es usted del todo fea y es posible que le saque partido. Teniéndome a mí por maestro, aprenderá usted mucho y...

Adela había vuelto a coger la carta que dejara sobre el banco, y Bobby miró el sobre con curiosidad. Había leído Miller, y el nombre del famoso empresario le llamó la atención.

—¡Ah, vamos!—exclamó con gesto de superioridad—. Lo que usted pretende es que la admitan en Broadway de señorita de conjunto... Pues, si quiere usted ahorrarse un sello, rompa esa carta. Miller es el primer empresario de Nueva York y no la leerá. Antes de que pueda llegar a sus manos, la secretaria le echará al cesto.

Y añadió orgullosamente:

—A mí mismo, a pesar de mi reputación, me sería difícil poder hablar con ese hombre.

Adela se echó a reír de buena gana.

—¿De qué se ríe usted?—preguntó Bobby.

—Me río de mi propia audacia. Tantas esperanzas tengo de que Miller me admita, que no

me importa me contrate usted o me deje de contratar.

—Sí que es gracioso, muchacha. Lo que más



Miller es el primer empresario de Nueva York y no la leerá.

me gusta de usted es su desenfado. Está usted contratada.

Y se volvió a las demás señoritas que seguían atentamente esta conversación, y las despidió con la mayor galantería posible, lo cual no le evitó que entre todas le pusieran de vuelta y media.

III

—¿Cómo se llama usted, señorita? Todavía no me ha dicho su nombre.

—Jane Brown—repuso Adela, después de ligera vacilación y recordando de pronto el nombre de su señora de compañía.

—Pues bien, señorita Brown, si usted me lo permite, la acompañaré adonde vaya y hablaremos por el camino algunas cosillas que le interesan.

—Con mucho gusto. Ahora voy a casa, porque se me ha hecho tarde para tirar la carta.

—¡Bah! Deje usted la carta. ¿No le he dicho que es inútil? Además, ya tiene un puesto en una gran compañía. ¿Qué más quiere?

—Tiene usted razón.

Habían salido ya del teatro y del centro del pueblo e iban a campo traviesa.

—¿Hace mucho que vive usted en este pueblo?

—No he salido casi nunca de él.

—¿Entonces, no conoce usted Nueva York, ni Chicago, ni ninguna gran ciudad?

—No, señor; sólo por las postales.

Bobby se echó a reír, muy divertido ante tanta candidez.

—¡Ah! Pues puede dar gracias a Dios de haberse tropezado conmigo. Ser estrella en mi compañía, equivale a ir de una gran ciudad a otra. Verá usted mundo. Será aplaudida por los públicos más diversos. ¡Verá usted qué hermosa es esa vida!

Aquello comenzaba a complicarse demasiado. Así lo juzgó Adela, que se apresuró a replicar:

—¡Oh! Eso sí que no lo podré hacer. Salir de aquí me será imposible.

—¿Por qué?

—Pues, por...

—No me diga usted más. Lo he adivinado. Oposición de familia.

—Eso es...

—¡Bah! Es un obstáculo que se vence muy fácilmente cuando se ofrece un buen contrato.

—¿De veras cree usted que puedo tener éxito en la escena?

—Yendo conmigo es casi seguro. Con su figura y mi dirección me comprometo a hacerla debutar en Broadway.

—¡Oh!

—Pero ha de ser usted obediente y ha de tener paciencia.

Era encantadora la naturalidad con que hablaba aquel muchacho. Estaba convencido de

ser el mejor artista de Norteamérica, y era lo curioso que no le apenaba el tener que ir de pueblo en pueblo, llevando una vida que no era precisamente espléndida. Por el contrario, estaba muy contento siempre y éste era acaso el rasgo más simpático de su carácter.

Cuando llegaron a la casita que Adela había alquilado, ya estaba Jane Brown a la puerta, esperando a su señorita, extrañada por la tardanza, y probablemente la habría descubierto de no echar a correr Adela para darle algunas breves instrucciones.

Después llamó a Bobby, que se había quedado en la puertecilla de la valla.

—Este señor, *mamá*, es Bobby Lewis, el famoso director de teatro. Y esta señora es mi madre, señor Lewis.

Bobby estrechó con sus dos manos la que la señora Brown le tendía tímidamente.

—La felicito a usted, señora. Tiene usted una hija que puede dar mucho rendimiento. Pronto se terminarán para ustedes las privaciones. Su hija de usted ha obtenido el puesto de *vedette* en mi compañía de revistas. ¿Se da usted cuenta de lo que significa esto?

—¡Ya lo creo que me doy cuenta!—respondió sinceramente la señora Brown, y añadió con el pensamiento: “Pues significa que mi señorita se ha vuelto loca.”

—Debutamos mañana. Supongo que no faltará usted al teatro. Ya verá, ya verá los pro-

gresos que ha hecho su hija estando a mi lado sólo veinticuatro horas.

Después se despidió de Adela con la misma cortesía. Y Adela no se movió de la puerta hasta que le perdió de vista.

Entonces exclamó Jane Brown:

—¡Qué locura!

Y Adela dijo:

—¡Qué simpático es!

* * *

A la noche siguiente todo el pueblo se reunió en el teatro para presenciar el debut de “la mejor compañía de revistas de Norteamérica”.

En la primera fila de butacas estaba Jane Brown, sin cansarse de repetir que su señorita se había vuelto loca de remate y que tenía el presentimiento de que aquello acabaría muy mal.

Como verdaderamente no se había visto en el pueblo nada mejor, el público no dejó pasar un número sin aplaudirlo rabiosamente, pidiendo a las señoritas del conjunto que volvieran a saludar por aquel procedimiento tan simpático de levantar la pierna.

Ya iba a terminar el primer acto, cuando Bobby dirigió al público las siguientes palabras:

—Señoras y caballeros: vamos a tener el honor de presentar a ustedes a la bailarina Jane

Brown, que es lo mejor que ha producido Ferdale.

Y entonces apareció Adela Dorey.

Desde el primer momento se produjo un movimiento de simpatía en toda la sala, al ver por debajo de los flecos de la falda, que por añadidura era muy corta, lo que había por debajo y por encima de la rodilla de la *vedette*.

Algunos espectadores echaron mano a sus prismáticos, unos prismáticos que hubieran sido buenos para el capitán de un trasatlántico en alta mar.

Fácil es suponer el éxito que tendría una estrella de la magnitud de la Dorey en un pueblo donde lo más que habían visto eran bailarinas de quince dólares semanales.

El teatro se venía abajo. Mujeres y hombres se habían unido con una unanimidad insospechada. Y es que las mujeres aplaudían a la bailarina, y los hombres a la bailarina y a la mujer.

Cuando terminó la representación, Bobby estaba extraordinariamente contento, tanto que dijo a la bailarina:

—Pensaba tenerla a usted a prueba los primeros días, pero empezará a cobrar desde esta misma noche. Y cobrará usted como una verdadera profesional. Después le daré tres dólares.

IV

Y en esta divertida y venturosa comedia se deslizaron para Adela los días de veraneo.

Le complacían los éxitos del teatrillo de Ferdale como si fuera los primeros que obtuviera en su vida. Los tres dólares que cobraba le producían más alegría que si fueran tres mil y los recibiera en un teatro de Broadway.

Y es que todo lo que venía de Bobby le agradaba mucho más que cuanto había obtenido en la vida, que no era poco.

En cuanto a Bobby, le sucedía algo semejante. Jamás se había sentido tan feliz como desde que entrara a formar parte de su compañía aquella encantadora muchacha.

Llegaron a tener una intimidad mucho mayor de la que requería el hecho de trabajar juntos en el escenario.

Casi todas las noches cenaba Bobby en la cabaña de campo alquilada por Adela y de sobremesa comenzaba a forjar planes fantásticos en los que siempre aparecía a su lado la bailarina.

Y el teatrillo de Ferndale continuaba llenándose de bote en bote todos los días.

Pero el contrato llegaba a su fin y había que formar nuevos planes.

Una noche, después de la cena, la señora de Brown se durmió y éste fué el momento que aprovechó Bobby para plantear a su *vedette* la cuestión.

—Jane—le dijo—, quiero, ante todo, decirle una cosa. Estos últimos días han sido los más felices de mi vida.

—A mí también... Bobby...—balbució la artista un tanto turbada—, me es muy agradable trabajar al lado de usted.

—Entonces, felicitémonos los dos. He conseguido un contrato en Nueva York y he pensado un número para usted y para mí que comenzaremos a ensayar en seguida. ¡Será un éxito, Jane!

—¡Oh, Bobby! Yo se lo agradezco mucho—repuso la estrella, sin saber cómo salir del apuro—, pero... me da miedo Nueva York.

—¡Bah! ¡Qué tontería! Verá usted cómo se le pasa apenas se vea allí.

—No, Bobby, no. Yo no puedo ir a Nueva York con su compañía.

—Espere un poco. Voy a enseñarle algo que la hará cambiar de opinión.

Y sacó del bolsillo un papel, que desdobló. Era un pequeño cartel de teatro. Decía así:

GAY GIRLIES BURLESQUE

Estrellas:

BOBBY LEWIS y JANE BROWN

—¿Qué le parece?—inquirió cuando supuso que la artista lo había leído.

—¡Oh Bobby! ¡Es usted tan amable conmigo! Bobby se quedó mirando fijamente los ojos llenos de gratitud de la bailarina.

—¿Sabe usted por qué?

—¿Por qué?

—Pues porque usted es para mí algo más que una buena artista... No puedo explicarle lo que me pasa, Jane, pero creo que me sería imposible volver a trabajar sin usted.

Sin darse cuenta, se habían ido acercando el uno al otro y se miraban embelesados.

De pronto, reaccionó Adela.

—Sin embargo, Bobby...

—No siga, Jane. Sé el motivo de su retraimiento. Usted teme que su madre no esté conforme. ¿Verdad?

—Sí... sí... eso eso—repuso Adela sin ninguna convicción.

—Pues bien, deje ese asunto de mi cuenta. Ahora mismo lo voy a arreglar.

Se acercó a la señora de Brown y la despertó.

—Querida señora—dijo sin rodeos—, he decidido llevar a su hija con mi compañía a Nueva York. Pero no tema usted, que no ha de quedarse sola. Usted viene con nosotros. Yo daré

a su hija un sueldo suficiente para que puedan vivir las dos. Le daré... ¡sesenta dólares a la semana! ¿Qué le parece?



—...he decidido llevar a su hija con mi compañía...

La señora de Brown estaba como el que ve visiones.

Bobby interpretó mal su actitud.

—Pero, ¿será posible que le parezca poco? Bien, subiré un poco para que vea quién soy yo. Les daré sesenta y cinco dólares. ¡Pero de ahí no paso! ¿Qué, señora Brown? ¿Aceptado?

—Yo... la verdad... Eso es mi hija la que lo ha de decir.

Entonces se volvió Bobby hacia Adela y le dirigió una intensa interrogación con la mirada.

Adela miró a su vez a Bobby y contestó:

—Aceptado.

* * *

Cuando Bobby se fué, la señora de Brown puso el grito en el cielo:

—Señorita, ha llevado usted demasiado lejos la comedia.

—Déjame soñar, Jane.

—Es que esos sueños pueden costarle muy caros. ¿Se ha olvidado usted de que ya debía estar en Broadway, pues han comenzado los ensayos de la nueva revista?

—¡Bah! Miller me esperará, y más sabiendo que he pasado las vacaciones ejercitándome.

—Dios la oiga.

* * *

En un vagón de ferrocarril de tercera clase.

Adela y Bobby hablaban una vez más de la brillante aventura que les esperaba. Con objeto de que no sintiera la incomodidad de los asientos de madera, Bobby había rodeado a su *vedette* de cojines, y en uno de ellos estaban apoyadas las cabezas de los dos.

Jane, que los observaba desde lejos, vió cómo una cabeza se iba acercando a la orta y cómo los labios llegaban a juntarse.



En un vagón del ferrocarril de tercera clase.

Advirtió también cómo sus rostros se transfiguraban al reanudar la charla y comprendió que hablaban de amor.

No esperó más para poner en práctica cierto proyecto que había concebido.

Se fué al pupitre de los telegramas, cogió un impreso y escribió:

Larry Miller. Rialto. Broadway.

Adela haciendo de cómica de la legua con compañía de bandidos. Venga teatro Gleen Falls.

Jane Brown

V

Cuando Miller recibió este telegrama, se apresuró a telefonar a Tom Moran.

—Ya ha aparecido Adela—le dijo—. Está en Gleen Falls, con una compañía de cómicos de la legua. Si quiere usted acompañarme, me ayudará a sacarla de allí.

Tom, que no anhelaba otra cosa que volver a ver a Adela, se dirigió en seguida a casa del empresario y de allí se dirigieron los dos a Gleen Falls.

—Pero, ¿cómo se explica usted esta extravagancia?—fué la primera pregunta que Tom dirigió a Miller cuando se reunió con él.

—Amigo mío. Eso es muy fácil suponerlo. Adela ha encontrado un compañero de su gusto.

—¿Usted cree?...

—Estoy casi seguro.

—Pues, hay que evitar a toda costa que eso pase adelante.

—Me parece que será más conveniente que me deje obrar a mí. Usted no puede ser lo bastante imparcial en este asunto.

Aquella noche, el debut de la compañía de Bobby en el teatro de Gleen Falls tuvo dos espectadores de altura.

Desde la segunda fila de butacas, Tom esperaba con impaciencia ver aparecer a Adela y Miller sólo esperaba con curiosidad.

Después de otros números de poca importancia, aparecieron la Dorey y Bobby y comenzaron a ejecutar un baile que desde el primer momento cautivó a los espectadores por su originalidad.

Bobby ponía en él la parte humorística, dando magníficos saltos que le acreditaban de atleta al mismo tiempo que de excelente bailarín.

Adela era la bailarina incomparable de siempre.

—Ese muchacho no está mal—dijo Miller.

Y Tom hizo un gesto de disgusto para responder:

—¿Cómo quiere usted que lo haga mal, estando al lado de Adela?

Terminado su trabajo, y después de agradecer los entusiastas aplausos del público, Bobby siguió a Adela hasta su cuarto y ésta encontró sobre el tocador un precioso ramo de flores.

—Mira, Bobby. Un ramo el día de mi debut. Cuando todavía no me conoce nadie. ¿Quién puede habérmelo mandado?

—No sé, Jane. Míralo.

Adela buscó la tarjeta entre las flores y al leerla los ojos se le llenaron de lágrimas.

Decía así:

A Jane Brown, la mujer de mis sueños. Bobby Lewis.

—Gracias, Bobby, gracias—dijo Adela, tendiéndole las manos.

Pero él no se conformaba con eso y, tirando de las muñecas de "Jane", la atrajo hacia sí y se endulzó los labios con los de su adorada *vedette*.

* * *

Ya se había ido Bobby a su cuarto y estaba Adela sola en el suyo, cuando se presentaron Tom y Miller.

La artista recibió una gran sorpresa.

—Pero, ¿cómo se las han arreglado ustedes para descubrir mi paradero?

En vez de contestar a su pregunta, Miller dijo con tono severo:

—¿Puede usted decirme qué significa esto?

—Soy una chica traviesa, lo reconozco — se disculpó la Dorey—, pero le aseguro que estaré en mi puesto mucho antes de que la revista se estrene.

Y añadió:

—Yo sé que usted me perdonará cuando vea el admirable bailarín que he descubierto.

—Ya lo hemos visto.

—¿Y no es admirable?

Miller dijo lo contrario de lo que antes dijera a Tom:

—No tiene nada de particular.

—Usted no dice lo que siente, Larry. Ese muchacho puede hacerle ganar una fortuna...

Y suplicó:

—¿Verdad que le dará un puesto en la nueva revista?

—Sí, Adela—repuso Miller, incapaz de seguir fingiendo—. Haré lo que usted quiera, como siempre.

—El caso es que no sé qué dirá cuando descubra que soy Adela Dorey.

—Nos debe tener sin cuidado lo que opine un cómico de la legua—repuso Tom.

—Este asunto no te interesa a ti, Tom—replicó Adela ofendida—. De modo que haz el favor de salir mientras yo me pongo de acuerdo con Miller.

Le empujó hasta la puerta y la cerró tras él.

VI

Esperaba Tom impaciente a que terminara aquella conversación que él no podía oír, cuando se dió cuenta de que estaba ante la puerta

de un cuarto que, por estar abierta, dejaba ver a la persona que lo ocupaba.



—Nos debe tener sin cuidado lo que opine un cómico de la legua.

Esta persona era Bobby. Inmediatamente concibió un plan de venganza.

Se acercó a la puerta y, con la excusa de pedir al bailarín una cerilla, trabó conversación con él.

—Ya he visto el espectáculo.

—¿Y qué le ha parecido? ¿Verdad que tengo una estupenda compañera?

—¡Magnífica! No había visto nada igual —repuso Tom sinceramente.

—Pues, todo lo que sabe se lo he enseñado yo.

—¿De verdad?—sonrió el despechado pretendiente con un gesto de burla que Bobby no supo interpretar.

—Ya lo creo. Cuando yo la conocí, no era más que una muchacha de pueblo.

Sin abandonar su sonrisa de burla, Tom contestó:

—Pues, esa “muchacha de pueblo”, se está burlando de usted.

Muy extrañado, Bobby preguntó:

—¿Que se está burlando de mí?

—Ya lo creo. Es la mejor bailarina de Broadway. Quizá su nombre no le sea desconocido. Se llama Adela Dorey.

Si le hubieran arrojado encima un cubo de nieve no se hubiera quedado Bobby más frío.

—No puedo creerle—dijo sin convicción.

—Me parece que bien puedo saberlo. Soy su novio.

Bobby se estremeció.

Por un momento permaneció indeciso, sin saber qué actitud tomar, pero de pronto corrió hacia el cuarto de la Dorey e irrumpió en él violentamente.

—Tengo que darte una gran noticia, Bobby —exclamó Adela—. Este señor, el empresario Larry Miller...

—¡Basta! Ya veo que es verdad lo que me han dicho. Es usted Adela Dorey. Se ha burlado vilmente de mí y ahora trataba sin duda de pagarme con un puesto en Broadway. Pues bien, sepa que yo no quiero llegar a Broadway ni a ninguna parte por ese camino.

—Pero, Bobby...

—No quiero oírla. Sólo le diré que gracias a usted yo he tenido muy buenos ingresos y que usted se ha reído a costa mía. Estamos en paz. Ha terminado la farsa. Mi compañía es lo bastante humilde para poder prescindir de una artista de su talla. Por lo tanto, está usted despedida.

Fué inútil que Adela tratara de explicarle. Bobby se negó a prestarle atención.

Y todo el consuelo que la gran artista, la mirada del público, pudo hallar, fué caer llorando en los brazos paternales de Larry Miller.

* * *

Estaba el empresario en su despacho cuando entró el director a decirle:

—Vamos a tener que suspender los ensayos. Adela está nerviosa, inaguantable...

—No se preocupe usted, amigo mío. Eso se

terminará en seguida. He encontrado el calmante que los nervios de Adela necesitan.

Y entregándole un periódico, le hizo leer un pequeño anuncio que estaba marcado con un lápiz.

El anuncio decía:

En el café "Rendez-vous" actuará esta noche el artista enciclopédico Bobby Lewis.

—Ese joven—explicó Miller—, no sospecha que lo he arreglado yo todo y esta noche llevaré allí a Adela, porque es ese el calmante de que le he hablado.

—Es un plan un poco peligroso, señor Miller. Y el empresario lo hizo como lo dijo.

Por la noche se llevó a Adela a cenar al café "Rendez-vous", y, cuál no sería el asombro de ésta al oír pronunciar en voz alta el nombre de Bobby cuando le presentó el encargado del espectáculo!

Cuando vió salir a Bobby no se pudo contener, y, sin darse cuenta exacta de lo que hacía, corrió hacia él cuando ya había empezado a bailar y le dijo:

—¡Animo, Bobby, yo te acompaño!

Muy grande fué la sorpresa del bailarín, pero no por eso dejó de bailar, al ver que Adela lo hacía y, sobre todo, porque el baile que había comenzado Adela, era el baile que tantas veces habían ensayado juntos cuando soñaban con escalar al mismo tiempo la cima de la gloria.

Fué un gran éxito, no sólo porque el público

había reconocido a la Dorey, sino porque el baile lo merecía.

Inconscientemente corrieron los dos hacia el camerino y cuando estuvieron en él, se miraron sin saber qué decirse.



Y entonces se cumplieron los sueños de ambos.

—¿Cómo estás, Bobby? ¿Qué es de tu vida?
—fué Adela la primera en preguntar.

—Muy mal, Adela; ésta es la verdad. Desde que tú te fuiste de mi lado, no he hecho nada a derechas. Ahora voy a dejar el baile para dedicarme a la comedia.

—Entonces, ¿no me has perdonado?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque si vas a dedicarte a la comedia, es que no quieres trabajar conmigo. Yo tengo un contrato firmado con Miller y lo he de cumplir.

—Entonces, ¿cómo quieres que trabaje contigo?

—Pues, formando parte de la compañía como primer bailarín. Miller no desea otra cosa que contratarte.

—Pero, ¿es eso verdad, Adela? ¿Es Miller el que quiere contratarme, y no tú?

—Los dos. Miller porque sabe que contigo va a hacer un buen negocio, y yo... porque el marido debe de trabajar donde trabaja la mujer.

No necesitó Adela dar más explicaciones.

Un largo abrazo cerró este diálogo de amor y de perdón.

Y entonces se cumplieron los sueños de ambos, pues brillaron en Broadway como astros de primera magnitud, y brillaron juntos.

F I N

Ha sido revisado por la censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1